

Maravillas

Escrito por Aria Noctis

No entiendo qué tiene de malo la sopa. Por mucho que intentes menospreciarla, siempre ha sido una de mis comidas favoritas. Cuando me ponía enfermo de niño, mi madre me preparaba un gran tazón de caldo de pollo y yo mejoraba enseguida. A día de hoy, esa sensación reconfortante persiste, y cada vez que tomo un sorbo de sopa noto cómo mis energías se renuevan. Eso es algo que nunca conseguirán el sushi, las *smash burgers* o cualquier otra comida rápida que hayas visto en Instagram. Trato de explicarte todo esto al mismo tiempo que troceo las verduras, pero, por la cara de aburrimiento que pones, pareces incapaz de comprenderlo.

Mientras esperas sentada en la mesa de la cocina, prestando atención solo a tu móvil, echo las zanahorias, los puerros y el apio en la olla con agua hirviendo. También añado una pizca de sal y algunas hierbas para dar sabor: ramas de tomillo, perejil y una hoja de laurel. Revuelvo el líquido con un cucharón de madera, asegurándome de mezclar bien los ingredientes. Para terminar, cojo varios pedazos de pollo y los introduzco en el recipiente, lo cubro parcialmente con una tapa y dejo que hierva a fuego lento. A medida que el caldo burbujea suavemente, la cocina se llena de un aroma agradable y familiar.

Cuando la sopa está lista, sirvo un par de platos repletos de trozos de carne y verdura y los llevo a la mesa. Me siento frente a ti y te miro sin decir nada, hasta que por fin te das por aludida e interrumpes el continuo desfile de vídeos de TikTok. Observo expectante cómo dejas el móvil a un lado del plato y te llevas una cucharada de sopa a la boca. La tragas sin apenas saborearla.

—Está buena —dices con escaso entusiasmo—, pero yo siempre he preferido la de sobre. La Sopa Maravillas, esa me encanta, y en cinco minutos la tienes hecha.

Antes de contestar algo de lo que podría arrepentirme, hundo la cuchara en mi plato y le doy un sorbo a la sopa. Su efecto reconfortante me invade una vez más, ayudándome a relajarme y a pasar

por alto tu comentario.

—¿Qué son las Maravillas? —pregunto, en un intento por animar la conversación.

—¿Cómo? —finges no haberme oído.

—Ya sabes, la Sopa Maravillas, ¿por qué se llama así? ¿Las Maravillas son algún tipo de ingrediente? ¿O el nombre se refiere a cosas maravillosas en general?

Posas la vista en tu sopa, todavía humeante, y te quedas en silencio, sin saber qué contestar. Antes teníamos una complicidad increíble. Éramos capaces de hablar de cualquier tema durante horas, aunque fuera una tontería como la Sopa Maravillas. Digo antes como si fuera hace mucho, años quizás, pero en realidad solo hemos estado saliendo seis meses. Lo nuestro fue un flechazo: solíamos hacerlo todo juntos, no querías separarte de mí ni un segundo. Cada vez que te quedabas a dormir, te costaba un poco más despedirte. Antes de que me diera cuenta, tu ropa fue llenando mis cajones y un segundo cepillo de dientes apareció en el baño. Empezamos a compartir piso casi sin pretenderlo, pero ahora que el romanticismo y los restaurantes caros han dado paso a la rutina y al caldo de pollo, ya no te sientes tan cómoda en mi compañía.

Por suerte, parece que no soy el único que aún recuerda ese pasado reciente y distante. La mueca de desidia que exhibías por fin ha desaparecido, transformándose en una sonrisa.

—¿No sabes de dónde viene el nombre? —preguntas en tono jovial.

—No.

—Es por las Siete Maravillas del Mundo, las meten en la sopa.

Suelto una risilla que casi me hace escupir el trago que acabo de dar.

—¿Cómo va a caber la Gran Muralla China en un plato de sopa?

—No seas burro. No la echan entera, ponen un poquito en cada sobre.

Remuevo mi sopa con la cuchara. Al hacerlo, me fijo en los distintos ingredientes que se agitan en la superficie del plato. Una pregunta también se alza desde las profundidades de mi mente.

—¿Cuántos sobres de Sopa Maravilla se venden al año?

—Ni idea —respondes, encogiéndote de hombros.

Visualizo la Gran Muralla. Uno de los mayores logros de la humanidad que, a día de hoy, solo podemos admirar en parte. Los continuos ataques de Gengis Kan y el paso del tiempo, ambos implacables, hicieron mella en el monumento, provocando que algunas de sus franjas estén casi destrozadas. Al menos, esa es la versión oficial.

—Sueles comprar cinco sobres de esos al mes —pienso en voz alta—. En España hay unos dieciocho millones de familias. Pongamos que la mitad no come sopa. Eso ya son más de...

Saco la calculadora del móvil y obtengo el resultado con rapidez.

—¡Quinientos cuarenta millones! ¡Y eso solo en España, sin contar al resto del mundo! Si lo que has dicho fuera verdad y la gente siguiera tomando sopa a este ritmo, en unos años no quedaría nada. Ni Muralla China, ni Pirámides, ni Taj Mahal, ni Coliseo... ¡Nada!

—¡Dios! ¡Solo era una broma! —exclamas—. Siempre tienes que quitarle la gracia a todo.

Alzas tu plato y te lo acercas a la boca, consumiendo su contenido de un solo trago. Cuando acabas, te levantas de la mesa y lo arrojas en el fregadero, provocando un ruido metálico.

Sueño con la Gran Muralla. El ejército mongol se acaba de detener frente a ella. Gengis Kan levanta el brazo. Sobre él se posa un majestuoso halcón negro, aquel que siempre solía acompañarle en combate. El general emite un grito y su mascota se lanza al ataque. Sobrevuela el muro y cae en picado contra el ejército defensor. En su descenso, el pájaro deja de ser un halcón negro y se transforma en una gigantesca gallina blanca. Gengis Kan y sus hombres desenvainan sus armas y la siguen. En vez de espadas, han preferido pertrecharse con cucharas soperas. Los mongoles desmigan la barrera con sus cubiertos, como si estuviera formada por cubitos de caldo en vez de ladrillos. Al cabo de un rato, no queda rastro de ella.

Me despierto de golpe, empapado en sudor. Dudo que pueda volver a pegar ojo, así que decido levantarme. Camino hasta la cocina arrastrando los pies. Rebusco en el frigorífico, pero no hay nada

que me apetezca. Continúo el registro abriendo los distintos armarios de la habitación, esperando toparme con algo que capte mi interés. Me detengo en cuanto veo de refilón un sobre de papel, medio escondido tras una caja de cereales. Es uno de esos paquetes de sopa que tanto te gustan y que, hace un tiempo, no hubiera encontrado en mi cocina. Lo cojo con curiosidad y repaso sus ingredientes: «sémola de trigo duro, sal, almidón de maíz, potenciador del sabor...». Todo parece normal. Debí suponer que no iban a escribir «contiene trazas de monumentos históricos» en el reverso.

Aunque el sobre me sigue generando cierta desconfianza, la casa está helada y necesito entrar en calor. No tengo tiempo, ni fuerzas, para preparar una comida en condiciones. Pongo una olla con agua en el fuego y vuelco el preparado de sopa en su interior. Solo tarda unos segundos en disolverse. Miro el reloj de la pared mientras remuevo el líquido de forma mecánica. Se supone que ibas a volver pronto, pero ya casi son las cinco de la mañana. Me doy cuenta de que el agua ha empezado a hervir violentamente. Apago el fuego con rapidez, antes de que devore el contenido de la olla por completo, y me sirvo un buen plato de sopa.

Ya sé que lo de las Siete Maravillas fue una broma. Es solo que, por algún motivo, me resulta aterrador que seamos capaces de consumir algo maravilloso, algo que podría ser admirado por mucho tiempo, con tanta rapidez y sin apenas saborearlo. Todo para sentir un poco de calidez en el fondo del estómago, para sentir cualquier cosa, lo que sea. Emociones concentradas, instantáneas, que se disuelven con asombrosa facilidad y apenas nutren.

Llevo el plato a la mesa y tomo asiento. Me resulta raro comer solo. Miro por la ventana mientras espero a que mi aperitivo se enfríe. Está lloviendo. No te faltaba razón cuando dijiste que nos vendría bien hacer menos cosas juntos, que me veías hasta en la sopa. Pero no entiendo por qué, de entre todas las noches posibles, tenías que salir de fiesta justo esta, con el frío que hace. Nunca escuchas mi opinión, siempre me das sopas con honda, pero mira a lo que te ha llevado tu orgullo. Ahora mismo debes estar vagando por la calle, bajo la lluvia, hecha una... No sé, alguna cosa que

esté mojada, una bullabesa, por ejemplo.

Al imaginarte de esa manera me recorre un escalofrío. Bebo de mi sopa para calentarme. Aunque no sabe tan bien como algo preparado a fuego lento, sentir su calidez bajando por mi garganta es suficiente para reconfortarme. Quizás haya estado exagerando; puede que las personas no seamos así, seres vacíos y cada vez más necesitados de estímulos. Seguramente aún queden muchas maravillas en el mundo que no sean efímeras.

Noto una sensación rara en la boca. Algo se me ha quedado atascado entre los dientes. Hurgo con mi meñique hasta que consigo expulsar el cuerpo extraño, que aterriza sobre la mesa. Me inclino para observarlo mejor. No estoy seguro de qué es. Parece una piedrecita.